

Apuntes para una teoría del campo político: poder, capital y política en la obra de Pierre Bourdieu

Pablo Alberto Bulcourf* y Nelson Dionel Cardozo**

1. Introducción

La obra del Pierre Bourdieu constituye una de los aportes más significativos de la sociología del último tercio del siglo XX. Su capacidad explicativa y comprensiva permite posarse sobre diferentes temas sociales con una honda mirada crítica. Pero la característica más específica y podríamos decir “personal” del sociólogo francés ha sido el permitirse reflexionar sobre la propia práctica sociológica, algo que no es común en el medio académico (Bonnewitz 2003, Pinto 2002).

Posiblemente haya sido su propia historia lo que habilitó esa fuga irreverente; el no ser un “heredero” de los refinados claustros franceses lo dotó de lo que Wright Mills llamaría una espacial “imaginación sociológica” donde biografía e historia se entrelazan permitiendo una creación teórica multifacética, fundamentada empíricamente y, ante todo, original (Wright Mills 1969).

Con un conocimiento poco común de la tradición sociológica clásica y de sus contemporáneos, la sociología de Bourdieu nos propone una “praxiología social” que permite la convergencia de posicionamientos teóricos y metodológicos tradicionalmente contrarios. Esto no significa una mezcla o yuxtaposición de concepciones y enunciados sino una labor teórica y empírica marcada por una constante “vigilancia epistemológica” cuyo resultado es una sociología en donde los factores estructurales e históricos logran un fino engarce con los agentes y sus prácticas (Bourdieu y Wacquant 2005).

La amplitud de temas y problemas abordados por Bourdieu a lo largo de su trayectoria intelectual nos permiten vislumbrar la capacidad tanto de interpelar a la sociedad como hacia la propia práctica del observador, el cual integra una comunidad de relaciones insertas en la propia sociedad pero no reductibles a otras esferas. Autonomía e interdependencia de los campos, principalmente en las sociedades desarrolladas, es un juego de relaciones que caracteriza a la visión dinámica de la obra de Bourdieu.

Intentaremos en este artículo hacernos de algunos conceptos básicos del trabajo de Pierre Bourdieu para utilizarlos en pos de una mejor comprensión de los fenómenos tradicionalmente estudiados por la teoría política¹. Estamos convencidos que los aportes

*Profesor e Investigador de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) y de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

**Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

¹Esta idea de trasladar en forma reflexiva aportes de la sociología reciente a la teoría política constituye una labor enriquecedora; en este sentido nuestro trabajo se orienta en forma similar al realizado por Marcelo Sain, el cual utiliza principalmente los aportes de Anthony Giddens y Pierre Bourdieu para introducirnos en

del sociólogo francés permitirán una construcción conceptual de gran utilidad para la disciplina, sirviendo para establecer diálogos y prácticas académicas fructíferas entre posiciones tradicionalmente antagónicas dentro de la ciencia política. Enrolarnos en elaborar una “praxiología de la ciencia política”, las mesas separadas de las que nos ilustra Gabriel Almond en uno de sus últimos escritos podrán establecer diferentes acercamientos para construir un conocimiento más acabado de las complejas tramas del poder en la sociedad (Almond 1999).

2. Reconstrucción metateórica

El estudio de la propia actividad científica y sus productos constituye una de las actividades académicas principales de las ciencias sociales. Si bien la sociología, la economía o la ciencia política principalmente intentan describir, explicar y comprender el mundo social, uno de los ejercicios intelectuales por excelencia ha sido históricamente el análisis de la propia práctica, representada principalmente por los escritos producidos por sus cultores, ya sean trabajos empíricos o elaboraciones teóricas.

En un principio esta forma de autoconocimiento estuvo fuertemente desarrollada por la tradición de la historia de las ideas y en segundo término por los aportes de la epistemología a las ciencias sociales. La primera forma de abordaje suele resaltar los contextos históricos y una descripción de lo escrito y la segunda pretende establecer los parámetros del llamado “criterio de demarcación” junto al análisis lógico de la estructura de enunciación de las teorías y sus criterios de justificación y validación externa e interna.

En los últimos años se ha buscado la confluencia interdisciplinaria para el estudio de la propia producción teórica; es así como se fue acuñando en concepto de “metateoría” para dar cuenta de una forma de abordar la actividad académica que permita la confluencia de la historia y la sociología de la ciencia, la epistemología y, principalmente la reflexión que los propios cultores realizan de su labor en la comunidad en la cual se desempeñan (García Selgas 1994 y Bulcourf y Vazquez 2004). De esta forma la metateoría pretende construir redes conceptuales para estudiar lo que producen y hacen los académicos, y también las consecuencias sociales, políticas y económicas del conocimiento que producen².

La obra de Pierre Bourdieu se estructura como una de las piezas más prolíferas de la sociología europea de las últimas décadas. Arraigada en la tradición más profunda es principalmente deudora de Emile Durkheim y Karl Marx, matizadas con el legado sociológico del siglo XX. Es indudable que los aportes de la antropología y la psicología se imbrican en un producir que triangula la indagación teórica con la investigación empírica minuciosa y una reflexión ácida sobre la propia práctica del científico social. Pierre Ansart coloca a la obra de Bourdieu como un producto que intenta superar las posiciones estructuralistas que predominaron en las décadas del cincuenta y sesenta, principalmente en Francia. Algunos suelen denominarlas “postestructuralismo” o

la ciencia política (Sain 2007).

²Como señala Gina Zabudovsky: “entendida en cierta forma como una teoría de la teoría la metateoría pretende erigirse como un elemento distinguible de la constitución de la sociología y la ciencia política contemporánea, que se vincula con el estudio de las formas culturales que adquieren estas disciplinas. Este tipo de reflexión se plantea el doble propósito de profundizar en los distintos aspectos de la producción teórica existente y de constituirse a su vez en un punto de arranque para nuevas propuestas” (Zabudovsky 1995, 113).

“Estructuralismo genético” ya que intenta eliminar cierto mecanicismo y devolver al sujeto un lugar en el análisis social, sin por ello dejar de lado el estudio de la posición de clases en el análisis sociológico (Ansart 1992).

En el sentido que pretendemos darle a la indagación metateórica la obra de Bourdieu se nos presenta en dos dimensiones. Por un lado es propiamente una teoría social que propone tanto una conceptualización de la Sociedad como las formas más convenientes de abordarla desde el plano de la investigación científica. Pero por el otro, la peculiaridad de la propia indagación social bourdiana, es en sí misma una clara y contundente reflexión sobre la producción teórica, sus formas de validación y el rol social que adquiere la ciencia para las sociedades desarrolladas. Su estudio sobre la universidad, plasmado en su libro *Homo académicos*, como una serie de trabajos íntimamente ligados, nos ponen de manifiesto el sentido agudo de su producción (Bourdieu 2008).

Finalmente, destacaremos que el estudio del aparato conceptual elaborado por Bourdieu y sus implicancias, constituye un valor agregado fundamental para aplicar estas categorías a los temas y problemas que tradicionalmente ha estudiado la ciencia política.

3. Ciencia política y poder

El fenómeno del poder constituye uno de los ejes centrales de indagación de la teoría política, tanto en su tradición ancestral y filosófica, que Norberto Bobbio denominó ciencia política en sentido “amplio” como en los estudios más científicos y empíricos que representan a la disciplina en sentido “estricto” (Bobbio 1982).

En los comienzos de la Modernidad Thomas Hobbes nos ofrece una de las definiciones de poder más influyentes: *El poder del hombre (universalmente considerado) consiste en sus medios presentes para obtener algún bien manifiesto futuro. Puede ser original o instrumental*. Así Hobbes define el poder natural a aquellas capacidades físicas o cualidades que posee la persona en su corporeidad –fuerza, belleza, prudencia, aptitud, elocuencia, liberalidad o noblezas extraordinarias-al mismo tiempo que define como *“poderes instrumentales aquellos poderes que se adquieren mediante los antedichos, o por fortuna, y sirven como medios e instrumentos para adquirir más, como la riqueza, la reputación, los amigos y los secretos designios de Dios, lo que hombres llaman buena suerte”* (Hobbes 2001, 69).

Luego se remite después a la definición de poder político como el que constituyen varios hombres unidos mediante el contrato social, en manos del Estado, en donde confluyen las voluntades de diferentes personas particulares.

El materialismo histórico surgido a partir de los aportes de Karl Marx y Frederik Engels darán lugar a una concepción del poder que trata de “desenmascarar” las relaciones de explotación existentes en la estructuras económica y reproducidas en la superestructura a partir de la crítica tanto a la visión liberal como a la concepción hegeliana del Estado: *“El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte y, en clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general”* (Marx y Engels 1994,

55).

Partiendo de su concepción comprensivista de las relaciones sociales Max Weber redactará una de las definiciones de poder más utilizadas hasta nuestros días afirmando que: *“Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que fuere el fundamento de esa probabilidad”* (Weber 1992, 43). Es aquí como el poder representa una relación asimétrica de mando y obediencia, requiere un carácter efectivo y por el otro lado no especifica el fundamento del mismo ni el ámbito social donde es ejercido (Bulcourf y Vazquez 2004).

El desarrollo de la sociología académica norteamericana, y especialmente el aporte del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons van a incorporar una visión sistémica del poder de gran influencia en la revolución sistémico-conductista de mediados del siglo XX que permitirá el despliegue y afianzamiento de la ciencia política académica en los EE.UU. El poder es para este autor un “recurso sistémico” que permite la consecución de metas comunes de una sociedad las que se fundamentan en el conjunto de valores, creencias y costumbres que las personas reciben desde su temprana socialización. En palabras del propio Parsons éste es definido como: *“un medio simbólico generalizado que circula de modo muy parecido al dinero, cuya posesión y uso permiten desempeñar más eficazmente el cometido de un cargo con autoridad en una colectividad”* (Parsons 1969, 124).

Michel Foucault va a desarrollar una concepción reticular del poder, marcada por su visión “microfísica” del mismo basada en el control de los cuerpos, al sostener que: *“el poder es coextensivo al cuerpo social, no existen, entre las mallas de su red, playas de libertades individuales”* (...); *las relaciones de poder están imbricadas en otros tipos de relación (de producción, de alianza, de familia, de sexualidad) donde juegan un papel a la vez condicionante y condicionado”*. Por consiguiente, el poder es esencialmente una forma de control de las conductas y los cuerpos, el cual se cristaliza en la acción. El poder es el despliegue de una relación de fuerza, y no una cesión o contrato. Esta perspectiva, entra en contradicción con la tradición iusnaturalista iniciada en la modernidad, ya que el poder se advierte en términos de conflicto y lucha. Así pues, *“no existen relaciones de poder sin resistencias; que estas son más reales y más eficaces cuando se forma allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder”* (Foucault 1992, 1974).

Las diferentes tradiciones teóricas que se fueron constituyendo a lo largo del siglo XX han abordado la problemática del poder como un aspecto central en el estudio de los fenómenos políticos a pesar de las diferentes concepciones que se han ido estructurando en ellas. En su libro *El poder. Un enfoque radical* Steven Lukes clasifica estas tradiciones en tres enfoques, la visión unidimensional del poder, propia de la tradición pluralista norteamericana; la visión bidimensional del poder, surgida en forma crítica hacia la primera y basada en la visión weberiana y por último la visión tridimensional del poder, de características estructurales y arraigada principalmente en la tradición marxista (Lukes 1990). Utilizando una visión muy similar Robert Alford y Roger Friedland, al clasificar las diferentes perspectivas teóricas existentes en la ciencia política también nos van a ofrecer una trilogía de tradiciones: el pluralismo que enarbola una visión del poder como influencia; la concepción dirigencial que analiza el poder como dominación

y por último la perspectiva clasista que ve al poder como hegemonía (Alford y Friedland 1991).

Como veremos a continuación la obra de Pierre Bourdieu presenta un conjunto de conceptos de extrema utilidad para la comprensión de los fenómenos políticos que permite un delicado equilibrio entre las visiones centradas en los agentes o en las estructuras sociales. Poder en términos de Bourdieu es algo que está relacionado al volumen global de capital que cada individuo o grupo posee. Cada agente trata de acrecentar volumen global del capital, dando pie a las jerarquías y a las revoluciones. Para ello se generan estructuras para aumentar o retener su capital, es decir su poder.

Por su parte, cada campo trata de acrecentar su poder valiéndose de su capital y al tratar de salvaguardarlo se generan los conflictos. Así es como se va tejiendo esta relación entre las estructuras e historia, entre diacronía y sincronía. Sus comportamientos como el motivo se van conformando mutuamente. Así la lucha en el campo político es la lucha entre quienes intentan conservar el capital político y quienes intentan apropiárselo.

4. Bourdieu y la teoría política: construyendo una teoría del campo político

4.1. El concepto de campo

Como menciona Bourdieu en *Sociología y Cultura* un campo “*se define, entre otras formas, definiendo aquello que está en juego, y los intereses específicos, que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios*” (Bourdieu 1990, 136). Ergo, existen tantos campos como capitales se encuentran en juego: campo cultural, campo político, campo académico, campo intelectual, etc. Podemos advertir que en la construcción de su noción de campo recurre a una doble metáfora. Por un lado, la física en donde abreva en la idea de campo magnético entendido como un campo de fuerza creado como consecuencia del movimiento de cargas eléctricas -flujo de la electricidad. Estos campos son dinámicos, ya que cambian con el tiempo, como los campos electromagnéticos generados por otras fuerzas. En la concepción de Bourdieu, los campos poseen autonomía relativa unos con otros, y por lo tanto se encuentran atraídos en mayor o menor medida por el que cuenta con mayor densidad. Así mismo, recurre a la metáfora deportiva, en donde hace una analogía entre el espacio social y el campo de juego, existiendo jugadores, un capital -el balón-, reglas y estrategias.

En su definición de campo cultural sostiene que:

Para dar su objeto propio a la sociología de la creación intelectual y para establecer al mismo tiempo, sus límites es preciso percibir y plantear que la relación que un creador sostiene con su obra y por ello, la obra misma, se encuentran afectadas por el sistema de las relaciones sociales en las cuales se realiza la creación como acto de comunicación o, con más precisión por la posición del creador en la estructura del campo intelectual (la cual, a su vez, es función, al menos en parte, de la obra pasada y de la acogida que ha tenido). Irreductible a un simple agregado de agentes aislados, a un conjunto de adiciones de elementos simplemente yuxtapuestos, en CAMPO INTELECTUAL a

la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza. Esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo. Por otra parte, cada uno de ellos está determinado por su pertenencia a este campo: en efecto debe a la posición particular que ocupa en él, propiedades de posición irreductibles a las propiedades en el CAMPO CULTURAL. Campo cultural como sistema de relaciones entre los temas y los problemas y por ello, un tipo determinado de INCONCIENTE CULTURAL, al mismo tiempo que está intrínsecamente dotado de lo que se llamará un PESO FUNCIONAL, porque su “masa” propia, es decir su poder (o mejor dicho, su autoridad) en el campo no puede definirse independiente de su posición en él (Bourdieu 2010, 13-14).

La idea de “masa” tiene que ver con la densidad que tiene el campo en cuestión en relación a otro. Así aparece la idea de campo dominante y campo dominado, en donde hay espacios sociales que se encuentran con relativa autonomía unos con otros en un momento histórico determinado. Esa relación de campo dominante-campo dominado es dinámica y por lo tanto se va redefiniendo permanentemente por las variaciones de masas relativas que van adquiriendo los campos que se encuentran próximos atrayendo el más denso al que posee menos masa. Para nuestro objeto de indagación podemos ver que muchas veces el campo político fue atraído por otro debido a su densidad menor. El campo económico fue mucho más influyente durante la política del comité, como así el campo sindical en la época de los partidos de masas. Durante los regímenes burocrático-autoritarios el campo militar ejerció una influencia decisiva en la política; y hoy en día podemos hablar que con la *videopolítica* y la política 2.0 estamos frente a un crecimiento de la densidad del campo comunicacional. Es plausible afirmar que la historia política latinoamericana fue un proceso de lucha en la cual lo político siempre intentó ganar autonomía en oposición a otros campos que ejercieron influencia y le impusieron sus reglas.

4.2. Una concepción no determinista del capital

El planteo de Bourdieu intenta superar el determinismo materialista del pensamiento marxista. Si bien, recupera la idea de campo como un espacio social constituido históricamente en una zona de lucha por la apropiación de un capital específico que lo define, se desprende del economicismo, al hablar de las cuatro variedades de capital y sus especies. El francés reconoce que existe el *capital económico, cultural, simbólico y social*.

El primero se corresponde a la propiedad de determinados bienes que son una dimensión más para determinar la posición del grupo y el agente dentro del campo. Así, mientras que los planteos materialistas supeditan la posición del agente dentro de las relaciones sociales a la posesión o no de los medios de producción, el capital en términos de Bourdieu adquiere un volumen dado por la suma de las cuatro variedades de capital y la forma que asume su distribución. Entiende que el capital cultural, simbólico y social tiene una relevancia sustantiva para definir la posición objetiva y subjetiva de un actor dentro de un espacio social. La importancia que revistió este tipo

de capital fue variando de acuerdo a los estados del campo político. Durante la política del comité, previamente a la ampliación del sufragio universal la política dependía en mayormente del financiamiento particular, por lo que pertenecer a una clase económica siempre era una condición indispensable para generarse una carrera política, ya que no había partidos políticos que funcionaran de manera estable. Por el contrario, con los partidos de masas el financiamiento de la política provenía de la cuota de los afiliados y su vinculación con el ambiente, motivo por el cual el capital económico pasó a jugar un rol menor dentro del volumen total del capital. Por el contrario con la llegada de la videopolítica y el aumento del financiamiento de las campañas en los medios masivos de comunicación, cada vez más los partidos se hicieron dependientes de los grupos de interés y los subsidios estatales, cobrando nuevamente centralidad los aportes particulares. En los últimos años, el advenimiento de la política 2.0, y las TICs ha creado canales de comunicación entre los políticos y el electorado por medio de redes sociales, blogs, y portales de internet gratuitos lo que ha que ha “depreciado” el capital económico.

El capital cultural es una especie que atrae un minucioso análisis al sociólogo francés. Así pues, este tipo de capital puede encontrarse en tres estados:

en el estado incorporado bajo la forma de disposiciones duraderas en el organismo (ser competente en tal o cual campo del saber, ser cultivado, tener un buen dominio del lenguaje, de la retórica, conocer y reconocerse en mundo social y sus códigos); por otro lado, a realizaciones materiales, capital en el estado objetivado, patrimonio de bienes culturales (cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, máquinas); y por último, el capital cultural puede encarnarse socialmente en el estado institucionalizado por títulos, diplomas, éxito en el concurso etc. . . , que objetivan el reconocimiento de competencias por la sociedad (o, con más frecuencia, Estado) (Bourdieu 1986, 92).

Podemos sostener que la mayoría de los políticos del mundo -a excepción de los de extracción sindical- poseen algún tipo de titulación académica -generalmente vinculada a las llamadas “profesiones liberales”-, por lo que podemos concluir que es un capital muy importante para el reclutamiento político. Sin embargo, podemos advertir diferentes estados del campo a lo largo del tiempo. En la política del comité el capital cultural institucionalizado, mediante la figura del “notable” tenía un peso fundamental. Esto cambió con el sufragio universal y los partidos de masas que se convirtieron estructuras burocráticas que funcionaban de manera regular cumpliendo diversas funciones, entre ellas la de socialización política. Por consiguiente, muchos dirigentes políticos -mayormente de extracción sindical- que no poseían capital cultural institucionalizado como las elites tradicionales se formaron políticamente en ellos con lo que el capital cultural incorporado pasó a tener un peso mucho mayor. El político ahora valía por sus conocimientos y su saber hacer en la política, y no tanto por su carácter de “notable”. Con la llegada de la videopolítica y los “outsiders” (personas que comienzan carreras políticas en niveles medio-altos del partido) provenientes de otros ámbitos (negocios, deportes, espectáculos, etc.) se ha desdibujado el peso del capital cultural dentro del capital global.

El capital simbólico nos remite a las teorizaciones weberianas que recuperan la

noción de status. Se relaciona con el prestigio, el reconocimiento, la legitimidad, la estima social y la autoridad que se le asigna tanto al origen como a la posesión de otros capitales. Como menciona Bourdieu:

estas transmutaciones de las especies de capital simbólico encuentran un ejemplo prototípico en el caso del 'gran apellido' (de una 'gran familia'), patronímico que condensa simbólicamente todas las propiedades materiales e inmateriales acumuladas, heredadas, y cuyos portadores son buscados, y se buscan, precisamente en virtud del poder de sus 'virtudes' simbólicas (Chauviré y Fontaine 2008, 22).

Podemos sostener que en la política monárquica la única fuente de legitimidad para el pertenecer a una determinada familia la cual era la que heredaba el capital político. Con el sufragio censitario, también ha sido un elemento central el capital simbólico, con la figura del notable, en donde la militancia de tipo cualitativo convertía al status como la principal base poder político. Sin embargo, con la política de las masas y la burocratización de las estructuras partidarias aparece un elemento cuantitativo de la militancia y surge el político reconocido por sus dotes de liderazgo, carisma, capacidad de comunicación y conducción. En la última etapa el capital simbólico se traduce en la notoriedad como presencia en los medio masivos de comunicación, sobre todo en la televisión, y en los años recientes vía contacto directo con el electorado vía redes sociales.

Finalmente, el capital social hace referencia a aquella red de relaciones en la que se encuentra inserto el sujeto, operacionalizándose en los contactos, relaciones, conocimientos, amistades, obligaciones (acreencias o deudas simbólicas), que da al agente un mayor o menor espesor social, que puede sintetizarse en la red de relaciones sociales más o menos institucionalizadas de pertenencia a un determinado grupo. Por consiguiente los lazos sociales con que cuentan los agentes son una herramienta para potenciar las otras variedades de capital tendiendo a ser una suerte de multiplicador que permite desplegar para crear, reforzar, mantener, acompañar, reactivar, lazos de los que cualquier momento puede tener la esperanza de extraer beneficios materiales o simbólicos. En el campo político constituye un capital vital, ya que la regulación de los ascensos dentro de la estructura partidaria se debe la mayoría de las veces de nominaciones y reconocimiento por parte de los "caciques" de la labor realizada. El "trato personal", la "llegada", o la "amistad" constituyen el capital social por excelencia que activa las carreras políticas.

4.3. La incorporación del *habitus*

Uno de los aportes más interesantes de la teoría sociológica de Bourdieu es el concepto de *habitus*. Como menciona el gallo, "*para que funcione un campo, es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta jugar, que esté dotada de los habitus que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, de lo que está en juego, etcétera*" (Bourdieu 1990, 136). El *habitus* aparece como aquellas disposiciones durables que se encuentran aprehendidas por los agentes, pero que al mismo tiempo es generado por un condicionamiento histórico y social. Bourdieu insiste en el carácter incorporado de los *habitus* que inscribe en los cuerpos gestos, posturas,

ciertos aspectos del condicionamiento social, los que aparecen así como naturales a los agentes, que sólo los captan a través de los *habitus*. Así, en sus obras “Los Herederos” y “Homo Academicus” intenta desmenuzar cuales son aquellas pautas de comportamiento, actitudes, visiones, que hacen que los que detentan el capital “elegir a los elegidos”, descubriendo en los mecanismos de reclutamiento académico que son en realidad formas de disciplinamiento y segregación. Los criterios de selección y clasificación escolar ocultan una discriminación social legitimada, en donde “*los test que miden las disposiciones -habitus- que requiere la escuela -de allí su valor predictivo del éxito académico -están hechos justamente para legitimar de antemano los veredictos escolares que los legitiman*” (Bourdieu 1990, 279). Hablando del campo político, ya desde el Renacimiento Nicolás Maquiavelo hablaba del *habitus* que debía tener el príncipe, en relación a cuestiones tales como el honor, la palabra, el modo de proceder, ser amado o temido; y en lo que podemos denominar hoy *videopolítica* o política 2.0 el valor que tiene la imagen, la voz, el discurso para “construir un candidato”.

4.4. Legitimidad y estructura

La lucha por la legitimidad que reviste indefectiblemente la política está supeditada a la estructura del campo, es decir, por la distribución del capital específico de reconocimiento político entre los participantes de la lucha. Dicha estructura es posible que varíe entre dos límites teóricos: En un extremo podemos caracterizar la situación de monopolio de capital específico de autoridad política –que en nuestro análisis de corresponde con la legitimidad que se detenta por el usufructo de un cargo político de carácter electivo, de designación o tecno-burocrático. En el otro límite del continuo podemos ubicar la situación de concurrencia perfecta que presupone la distribución igual de este capital entre todos los competidores. Claro está que en política este supuesto teórico nunca llega a generarse.

Así mismo, “*la estructura del campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha*” (Bourdieu 1990, 136) o dicho de otro modo, la distribución del capital específico que ha sido acumulado durante luchas anteriores y que orienta las estrategias posteriores. Esa lucha es una lucha en dos flancos: Por un lado por la apropiación del capital en juego, pero al mismo tiempo por la redefinición de las reglas del juego, en aras de convertir a los que aspiran a poseer el monopolio en detentadores. La lucha por la modificación de las reglas del campo, es en definitiva la lucha por la legitimidad de la apropiación del capital en disputa. El enfrentamiento por la apropiación legítima del capital resume muchas veces la historia y los cambios en los estados de los campos. Así, en la época de las oligarquías competitivas la legitimidad estaba dada por la pertenencia a una elite económica e intelectual. Las luchas por la ampliación de la base política que se dieron desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas de la centuria pasada, intentaron redefinir esa legitimidad, y la aparición de los diputados de extracción sindical constituyeron una “*rara avis*” que pugnó por la apertura de la política hacia los sectores trabajadores. Ya en la época de los partidos de masas y los denominados “populismos”, asistimos a diversas fuentes de legitimidad de la posesión del capital político: capital sindical, militar, carisma, cargos en la estructura partidaria, entre otros. Formar parte de las elites económicas ya no

es garantía de formar parte de la elite política. Con las transiciones a la democracia y la irrupción de la *videopolítica* en las últimas décadas del siglo XX, lo que asistimos es a una redefinición las reglas por nuevos actores que aspiran a detentar el capital: aparecen las figuras mediáticas, los líderes de opinión, el líder personalista por fuera de la estructura partidaria, que propulsan sus carreras centralmente en la presencia en los medios masivos de comunicación y últimamente en las redes sociales.

4.5. Hacia una conceptualización del campo político

Podemos rastrear en las diferentes miradas de los autores sobre lo que llamaremos campo político, desde visiones que niegan totalmente su autonomía, supeditándolo a los fenómenos estructurales, hasta las posturas que dotándolo de independencia lo reducen a la competencia electoral. Partiendo de la denominada ruptura de la modernidad es posible situar en la obra de Nicolás Maquiavelo, aparece la política como una arena de lucha por el poder, otorgando autonomía a lo político respecto de la esfera normativa y ética. De este modo, es plausible advertir que el campo político se constituye en la escisión de la tradición filosófica política clásica de la moderna, donde vemos los fenómenos de secularización, antropocentrismo y emergencia de los Estados-Nación. Así pues, el punto de partida para pensar la existencia de un campo político es la creación entre una esfera pública y privada, en donde puede decirse que el campo político ocupa *“aquellas esferas consideradas como ‘públicas’, a diferencia de una lista parecida que se podría elaborar con expresiones que implican la idea de ‘lo privado’* (Parsons 2007, 37). La idea de “campo político” presupone la existencia de una esfera o ámbito de la vida que no es privada o puramente individual, sino colectiva. Comprende aquellas dimensiones de la actividad humana que se cree que requieren el dominio de una instancia no privada, que en las sociedades contemporáneas denominamos Estado.

Así, hallamos las visiones marxistas ortodoxas, en donde lo político aparece como un epifenómeno de las relaciones sociales que se dan a nivel de la estructura. Para esta corriente del pensamiento, las relaciones de producción componen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica –cristalización normativa de las relaciones de poder-, política -tipo de Estado-, e ideológica –que son, las cosmovisiones de la clase dominante a nivel de la base material. Por lo tanto, en términos estrictos el objeto de indagación de lo político está indefectiblemente relegado al estudio de los fenómenos económicos. No obstante ello, aparece la división entre los planteos instrumentalistas –que miran al aparato estatal como una herramienta de opresión de una clase sobre la otra siguiendo lo plasmado en el Manifiesto Comunista- y las visiones estructuralistas (Althusser, Poulantzas, Thwaites Rey) –que tienen su origen en el 18 Brumario-, en donde:

el Estado no es una instancia neutral sino el garante de una relación social desigual-capitalista- cuyo objetivo es, justamente preservarla. No obstante esta restricción constitutiva incontrastable, que aleja cualquier falsa ilusión instrumentalista-es decir-, ‘usar’ libre y arbitrariamente el aparato estatal como si fuera una cosa inanimada operada por su dueño-, es posible u necesario forzar el comportamiento real de las instituciones estatales para que se adapten a ese ‘como si’ de neutralidad que aparece en su definición burguesa formal

(Thwaites Rey 2005, 67).

Por lo tanto, las visiones del materialismo histórico en sus diversas formas subyugan el campo político a las relaciones de producción capitalistas, siendo el primero determinado por las segundas.

La postura de Foucault define el campo de lo político en la esfera de los dispositivos de control: el poder solamente se da en la acción. El poder es el despliegue de una relación de fuerza, y no una cesión o contrato. Dado, entonces que el poder es una relación de fuerza, debe ser analizado en términos de lucha, de conflicto y de guerra constante. Por lo tanto, quien detenta el capital político es aquel o aquellos que manejan el control social, aquellos que pueden reprimir las acciones, inadecuadas a sus intereses, en los demás, o sea aquel que gana la capacidad de "vigilar" y castigar".

Para la postura weberiana el campo político queda referido específicamente a la instancia estatal toda vez que *"por política entenderemos solamente la dirección o influencia sobre la dirección de una asociación política, es decir, en nuestro tiempo del Estado"* (Weber 1967, 82). Así queda supeditado el campo político a la dominación racional-legal dentro del Estado Moderno, en donde el campo político aparece como una empresa de un grupo que ha logrado con éxito detentar el monopolio legítimo de la violencia física, o en términos de Bourdieu, el llamado capital político.

Uno de los enfoques que dota con mayor autonomía al campo político, son las denominadas teorías pluralistas de la democracia, que como sostienen Alford y Friedland (1991) se asientan en un individualismo metodológico. Sin embargo, son muy útiles a los efectos de nuestro análisis, ya que rescatan una dimensión que toma Bourdieu que es el reconocimiento de la existencia de un mercado de bienes específicamente políticos. Las teorías económicas de la democracia -como las propuestas por Anthony Downs- incluyen muchas de las especies de capital que tomará el sociólogo galo. Así define a los partidos políticos como un grupo de individuos que busca obtener, a través del mismo, los cargos gubernamentales para detentar la renta, el prestigio y el poder que traen consigo el ejercicio de esas posiciones. Por lo tanto, los políticos son individuos racionales que despliegan estrategias para apropiarse del capital político, quedando claramente delimitado el capital específico del campo social, pero desdibujando la dimensión histórica del mismo y la función que cumple la estructura.

La corriente estructural funcionalista, encabezada por Talcott Parsons, encuadra el campo político menoscabando el rol de la agencia, toda vez que el poder es, en general, la capacidad de asegurarse el cumplimiento de obligaciones por parte de las unidades de un sistema de organización colectiva, en el cual las obligaciones son legítimas en base a su relevancia para el logro de metas colectivas. En caso de resistencia, existe una expectativa de imposición de sanciones situacionales negativas, sea cual fuere el sujeto que dispone concretamente de tal imposición. Aquí queda desdibujado el poder de los sujetos, y las estrategias que se apartan de los valores comunes de una sociedad aparecen como una conducta desviada sobre la que opera el control social.

Volviendo a nuestra propuesta, podemos afirmar que el derrotero político en la modernidad, y más aún el siglo XX fue la historia de la autonomización de lo político de otros campos. En la medida que el campo político ganó autonomía con relación a las presiones y a las demandas directas de las fracciones dominantes de la burguesía a medida que se fue constituyendo un mercado de "bienes políticos", con características

eminentemente políticas de los productores, consumidores y poseedores de bienes políticos –o sea, el sistema de los factores vinculados a la posición que cada agente ocupa dentro del campo - ganaron fuerza explicativa de los fenómenos políticos, quedando en la acción del factor fundamental que constituye la posición de la fracción de los políticos en la estructura de clases dominante.

4.6. Subespecies de capital

El campo político, se organiza alrededor de una oposición principal entre dos especies de poder. Poder propiamente político, que se organiza en el dominio de los instrumentos de reproducción de la burocracia partidaria, asignación de cargos de designación y burocráticos. O sea aquel capital que se adquiere mediante la participación de la vida en la política partidaria, al mismo tiempo que en la competencia electoral mediante la obtención de escaños electivos, detentado especialmente por los partidos que podemos denominar mayoría y primeras minorías. A nivel de los partidos políticos, podemos establecer que hay un grupo dominante, o sea aquel grupo que retiene el mayor volumen de capital político, que se encuentra enfrentado a aquel grupo que aspira a detentarlo en ese momento, es decir la llamada “oposición”. Sin embargo, tenemos que tener en cuenta que las reglas con la que se manejan los denominados “partidos mayoritarios” son diferentes a la de las “terceras fuerzas” o “nuevos partidos”, toda vez que estos tratan de imponerse en el campo por lo general intentando cambiar algunas de las reglas de dicho espacio contra la denominada “vieja política”. A ese poder socialmente codificado se le opone un conjunto de poderes -especies de capital-, que se encuentran sobre todo a partir de la relevancia pública que tienen los agentes: El poder que implica ser un dirigente sindical -como en el caso del presidente Lula Da Silva- los altos cargos en la militancia universitaria, la notoriedad intelectual³, cargos militares –en la historia latinoamericana los gobiernos burocrático-autoritarios se nutrieron de cuadros militares-, ser una figura del mundo empresarial –el caso de Piñera en Chile o del actual Jefe de Gobierno porteño Mauricio Macri-, cargos en asociaciones de la sociedad civil -clubes, ONG, sociedades vecinales, etc.-, y por último la relación con los instrumentos de amplia difusión, televisión y semanarios de gran tirada que traen aparejado un poder de consagración y de la denominada “tribuna política”.

El segundo principio de división se opone, por una parte a los políticos de más edad y más provistos de cargos públicos ejercidos estrictamente en la arena electiva -diputados, senadores, intendentes, gobernadores, presidentes-, o el prestigio como un “buen político” que sería la estima que tiene la propia clase política del actor en cuestión. Por otra parte, encontramos a los políticos más jóvenes, que se definen sobre todo negativamente por aquello que no poseen, por la privación de los signos de prestigio institucionalizados y las posesiones de la forma de poder político. Esta oposición, se establece además, tanto en la arena pública como en la burocracia partidaria, y en

³En este caso el caso del ex presidente Fernando Enrique Cardoso es un claro ejemplo de transferencia de la notoriedad intelectual al campo político. Graduado por la Universidad de São Paulo. Fue autor junto con Enzo Faletto de un texto muy importante dentro de las ciencias sociales latinoamericanas *Dependencia y desarrollo en América Latina Ensayo de interpretación sociológica* publicado en 1969. Es cofundador y presidente honorífico del Partido da Social Democracia Brasileira. Mientras Brasil estuvo bajo un gobierno militar, Cardoso, que en ese tiempo era profesor de sociología, fue expulsado del país. Cuando volvió fue uno de los más importantes miembros de las campañas que pedían el regreso de la democracia.

la ausencia de visibilidad pública como resultado del acceso a los medios masivos de comunicación. El grado de éxito de las trayectorias políticas suele acrecentarse con la proximidad social a alguna forma de elite: Burguesía, cúpula sindical, cuadros militares, elite intelectual, entre otros.

En relación al tercer elemento, éste contrapone *establishment político*, formado por los políticos consagrados, en su mayor parte como parte de los gobiernos nacionales y estatales, conformando lo que comúnmente denominamos “la clase política”, que dominan todo un partido y que acumulan a menudo el control de la reproducción interna -regulación del acceso a la burocracia partidaria, acceso a cargos de designación y tecno-burocráticos- y un fuerte reconocimiento externo -televisión, cargos en la cúpula gremial, conducción de asociaciones de la sociedad civil, notoriedad intelectual, prestigio personal, etc.-, al grupo de los partidos minoritarios, muchas veces ajenos a la notoriedad como al poder interno, que aparecen como ajenos a esta clase política porque provienen de una extracción inferior, tanto en lo que respecta al volumen global de capital que portan y por ende aparecen como jugadores marginales tendientes a cambiar las reglas del campo. Como explica Bourdieu

Aquellos que dentro de un estado determinado de la relación de fuerzas, monopolizan (de manera más o menos completa) el capital específico, que es el fundamento del poder o de la autoridad específica característica de un campo, se inclinan hacia estrategias de conservación –las que, dentro de los campos de producción de bienes culturales, tienden a defender la ortodoxia-mientras que los que disponen de menos capital suelen ser también los recién llegados, es decir, por lo general los más jóvenes) se inclinan a utilizar estrategias de subversión: las de la herejía (Bourdieu 1990, 137).

4.7. Los estados históricos de los campos políticos en América Latina

Podemos decir que el campo político ha venido evolucionando desde que los grupos primitivos han devenido en sociedades más complejas o estatales. Partiendo del imperio romano, pasando por el feudalismo y las monarquías absolutas, la política desde finales del siglo XIX se caracterizó por la instauración de las reglas electorales basadas en el sufragio restringido. Así, los políticos responsables del reclutamiento trabajaron sin ninguna concertación previa para defender las constantes sociales de la elite política económica. En ese momento hay una homogeneidad en capital cultural -habitus, titulaciones en las profesiones liberales, consumo de bienes culturales-, en donde la producción y consumo de bienes políticos es muy estandarizado. El censo, la pertenencia a las clases económicas, a una familia distinguida, o la notoriedad intelectual eran la especie de capital más corriente en este momento. El campo intelectual y económico eran los campos dominantes, siendo el de la política el dominado, toda vez que no se había constituido un mercado de bienes específicamente políticos. En todos los regímenes oligárquicos la crisis política fue fundamentalmente una crisis de sucesión. El sistema político en este estado tendía a asegurar la propia reproducción produciendo notables dotados de características sociales e intelectuales casi constantes y homogéneas, y en consecuencia, casi intercambiables tanto en el transcurso del tiempo como en el instante. En este momento la división con los

dominantes es clara: las nuevas clases medias emergentes y los sectores sindicales forman parte de los grupos que pugnan por la ampliación de la base política cambiando las reglas de campo político mediante el establecimiento del sufragio universal. Como reacción, la elite económica e intelectual, pone en práctica estrategias de conservación. Las clases emergentes como resultante de los cambios en la estructura social, entre los cuales se encuentran los recién llegados a la política, disponen de menor capital y se inclinan a utilizar estrategias de subversión, mediante las herejías.

Como producto de las crisis de sucesión (Argentina, México y Brasil representan los casos más elocuentes), se produce el pasaje paulatino los regímenes cívicos de clase media, y gradualmente se van incorporando los sectores obreros a la vida política. Si en un primer momento las clases medias desplegaron estrategias para apoderarse del capital, una vez constituidos en detentadores del capital se enfrentan a los sectores populares encarnados en los regímenes nacional-populares. Sin embargo, en este período se va configurando un mercado de bienes específicamente políticos. Esta autonomía de lo político respecto de lo económico, dio paso a los partidos burocráticos como expresión de esta mayor independencia: una fuente de capital específicamente político se plasma con los cargos dentro de la burocracia partidaria, en donde se van reproduciendo las mismas lógicas de lucha que en el campo político: el control por el poder, prestigio, recursos, y las nominaciones son el eje de la lucha al interior del campo burocrático-partidario. Al mismo tiempo se va constituyendo el campo electoral en donde el principal capital en juego son los votos conseguidos por una fuerza política. Otras fuentes de poder no estrictamente político son el carisma del líder -que en momentos de transición reviste especial importancia-, el capital sindical (cargos en la estructura gremial), y el capital militar. Si en el estado de la política del comité el campo que más influencia ejercía era el económico, en este momento los sucesivos golpes de Estado y la emergencia de líderes de extracción militar van a ser el indicador claro que el campo militar ejerció durante todo este período una creciente influencia, concurriendo con otro campo como lo fue el sindical.

En toda América Latina, la apropiación del capital político por parte de grupos de orientación nacional-popular, sobre todo a partir de la Segunda Posguerra generó un mercado político en donde el capital electoral, el de bienes sindicales, confluyeron con el mercado de bienes políticos. Esto se ilustra en una mayor participación de líderes de extracción gremial, líderes partidarios y militares en cargos electivos, de designación y tecno-burocráticos. Es en este período en donde estos últimos cargos empiezan a ser también una gran fuente de reclutamiento y poder, ya que el crecimiento de la burocracia estatal como producto de la regulación, planificación y expansión de las funciones del Estado en la provisión del bienestar genera mayor cantidad de posiciones en la estructura gubernamental para distribuir. Las reglas del campo en este período son la democracia movimentista, el diálogo directo del líder con las masas, y el veto por parte de los militares y los sindicatos.

Lentamente, el enfrentamiento entre el sector popular sindicalizado, las elites tradicionales, la nueva burguesía, los partidos populistas generó situaciones de empate que representaron una distribución del capital entre estos grupos muy diversificada y equilibrada. En los últimos momentos de esta fase aparece el recurso de la violencia organizada como instrumento de poder. Este capital pasa a ser

bruscamente monopolizado por el sector militar, anulando las reglas de la competencia electoral: represión, terrorismo de Estado, reforma económica, desmovilización política, modernización, exclusión de los sectores populares, son las reglas del campo político en este momento histórico determinado. Así mismo el campo económico utiliza el poder de lobby como un recurso de poder para condicionar el campo político. El concepto de “anillos burocráticos” como penetraciones de grupos de la burguesía en la estructura estatal ilustra lo mencionado. La dictadura modernizadora brasileña, los autoritarismos neoliberales de Chile y Argentina son ejemplos claros de cómo se constituyó el campo político en los años 60 y 70 en América Latina.

Como producto de la escasa diversificación del capital que manifestaron estos regímenes (privándose del capital electoral) al concentrar la dominación por parte de la elite militar en base a la coerción, se van produciendo resistencias y luchas por la democratización basadas en grandes arcos opositores al régimen donde confluyeron organizaciones de la sociedad civil con los partidos políticos. Así, se restablece el juego político democrático pero con unas reglas bastante diferentes a las democracias de masas de la Segunda Posguerra. En este momento el campo político empieza a ser atraído por el denominado “campo comunicacional” en donde el principal capital es la notoriedad como producto de la aparición en los medios masivos de comunicación. Así, queda depreciado el capital partidario, valorizándose la visibilidad de los candidatos: Asistimos a la aparición de figuras de otros campos -deportivo, empresarial y artístico- que realizan carreras meteóricas subvirtiéndolos los mecanismos de reclutamiento partidario y acceso a la nominación para cargos políticos.

En América Latina, el peso de las elecciones presidenciales y el costo de las campañas políticas hacen que el dinero sea un recurso crítico, por lo que el financiamiento privado y estatal es un recurso vital de poder para competir exitosamente en elecciones. La personalización de la política, la crisis de la representación, el declive de las ideologías, o el surgimiento de la videopolítica hacen que el campo comunicacional confluya con el campo político condicionándolo fuertemente. En los años 90 y este milenio, vemos que para hacerse del capital político los agentes deben desplegar estrategias obteniendo capital comunicacional. Sin embargo, el creciente costo de las campañas políticas que implicó que el dinero sea un elemento crucial en la política, parece estar diluyéndose con la presencia de las tecnologías 2.0 que plantean un acceso universal a herramientas de comunicación, autonomizando el campo político del económico. Las tecnologías digitales en la construcción de la Política 2.0 provocan cambios de forma y de fondo que simplemente reinventan el campo político. Por un lado, permiten que el político, desde todas las instancias posibles, se comunique con la ciudadanía y por el otro, hace posible que el elector deje su opinión, interactúe, proponga, divulgue, construya y de esa manera se comprometa con la vida cívica y política de la comunidad a la que pertenece. La elección de Obama marcó el quiebre en relación a la videopolítica con la política 2.0, y la última elección presidencial en el Brasil parece estar siguiendo este derrotero.

Como corolario en el siguiente cuadro especificamos las diferentes especies de capital político y condensamos los cuatro estados del campo político en América Latina.

Especie de capital	Descripción
<i>Capital específicamente político</i>	Cargos políticos electivos, de designación y tecno-políticos de alta jerarquía Poder de nominación (patronazgo)
<i>Capital político-partidario</i>	Cargos dentro de la burocracia partidaria Control de los incentivos selectivos y áreas de incertidumbre del partido
<i>Capital electoral</i>	Cantidad de votos obtenidos por un individuo (candidato) o grupo (partido político)
<i>Capital intelectual</i>	Prestigio y reconocimiento por parte de la sociedad y los pares como una persona destacada en un área del conocimiento
<i>Capital sindical</i>	Cargos dentro de la estructura del sindicato. Poder de presión
<i>Capital económico</i>	Dinero, propiedad de los medios de producción, activos financieros. Poder de lobby y penetración en la estructura burocrática.
<i>Capital cultural</i>	<i>Habitus</i> culturales, titulaciones y bienes culturales
<i>Capital social</i>	Red de relaciones sociales en la que se encuentra inserto el agente
<i>Capital simbólico</i>	Notoriedad y estima dentro de un determinado círculo (status) Carisma
<i>Capital militar</i>	Cargos dentro de la estructura jerárquica militar Monopolio legítimo de la violencia física
<i>Capital comunicacional</i>	Presencia en los medios masivos de comunicación
<i>Capital tecnológico</i>	Acceso de las tecnologías de la información y comunicación (TICs)

Figura 1: Especies de capital en el campo político

ESTADO DEL CAMPO	DETENTADORES DE CAPITAL	CAMPOS CONFLUYENTES	RECURSOS DE PODER MÁS IMPORTANTES
Oligarquías competitivas (1880-1930)	- Intelectuales - Elite económica	-Económico -Intelectual	-Dinero -Prestigio -Capital Social
Democracias de masas (1930-1965)	-Políticos profesionales -Políticos de extracción sindical	-Político - Electoral - Sindical	-Cargos en la estructura sindical -Cargos en la estructura partidaria
Regímenes burocrático-autoritarios (1965-1985)	-Militares profesionales -Corporaciones -Sindicatos	-Militar -Sindical -Económico	-Violencia física -Lobby
Videopolítica (1985-actualidad)	-Figuras públicas -Políticos profesionales	-Comunicacional -Económico -Electoral -Estatal -Tecnológico	-Notoriedad -Dinero -Acceso a TICs

Figura 2: Estados históricos del campo político en América Latina | Elaboración propia

5. A modo de conclusión: construyendo una praxiología de la ciencia política

Como se ha señalado en numerosos ocasiones el trabajo de Pierre Bourdieu ha sido uno de los principales aportes a las ciencias sociales de las últimas décadas. Autor multifacético, conocedor como pocos del campo científico y, ante todo su principal crítico. Su obra trasciende las fronteras de la sociología francesa y se instala como una guía para tratar de arrojar un haz de luz sobre la compleja trama de relaciones sociales sobre objetos diversos (Martinez 2007).

En lo que respecta al estudio de las relaciones de poder el legado de Bourdieu nos permite establecer una mirada diferente al conjunto de fenómenos que tradicionalmente ha abordado la teoría política. Sin caer en determinismos ni reduccionismos sus conceptos desestructuran el tramado complejo de relaciones que hacen a la actividad política, sus actores, formas de agrupamientos, estrategias y condicionantes.

El concepto de campo político que tratamos de elaborar a partir de Bourdieu posee la plasticidad y precisión necesarias para comprender la dinámica política de las sociedades contemporáneas. Es por ello que hacemos un llamado especial a los cultores de los estudios políticos a echar una mirada por la obra del pensador galo.

La extrema diversidad de perspectivas y orientaciones que presenta hoy en día la teoría política pueden encontrar en la riqueza de la teoría de Bourdieu un idioma que permita una comunicación en una Torre de Babel donde la fuga prevalece ante el diálogo. Es por eso que la praxiología social que bregaba como modo de síntesis de la experiencia vivida por la sociología puede trasladarse a la teoría política y permitir un crecimiento fructífero y una práctica reflexiva.

Por otro lado, sus estudios sobre la comunidad académica deberían guiarnos a pensar nuestro quehacer cotidiano y especialmente la forma en que el conocimiento que creamos se reproduce y se articula con la misma praxis política en donde las luchas por el poder también son trasladables al campo académico de la teoría política.

Posiblemente pensar desde y cómo Bourdieu sea un ejercicio de autoconciencia que nos oriente hacia una disciplina política y socialmente más responsable, crítica y comprometida.

Bibliografía

- Alford, R. y R. Friedland. 1991. *Los poderes de la teoría*. Buenos Aires: Manantial.
- Almond, G. 1999. *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en ciencia política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ansart, P. 1992. *Teorías sociológicas contemporáneas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bobbio, N. 1982. "Ciencia Política". En *Diccionario de Política*. 3ra. edición compiladores Bobbio N. y N. Matteucci. Madrid: Siglo XXI.
- Bonnewitz, P. 2003. *La sociología de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, P. 1986. *La sociologie de Bourdieu*. Paris: Le Mascaret.
- Bourdieu, P. 1990. *Cultura y poder*. México: Grijalbo.

- Bourdieu, P. 2006. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 2003. *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Cuadrata.
- Bourdieu, P. 2008. *Capital cultural, escuela y espacio social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 2007. *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Bourdieu, P. 2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 2008. *Homo académicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 2010. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. 2010. *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial. Bourdieu, P. 2007. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. 2009. *La eficacia simbólica. Religión y política*. Buenos Aires: Biblos.
- Bourdieu, P., J. C Chamboredon y J. C. Passero. 2008. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. 5ta. Edición. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y J. C Chamboredon. 2009. *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. 2da. Edición. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y L. Boltanski. 2009. *La producción de la ideología dominante*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, P. y M. de Saint Martin. 1998. "Las categorías del juicios profesoral". En *Propuesta Educativa*. Buenos Aires, 19, Año 9, Nº19.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bulcourf, P. y J.C Vazquez. 2004. "La ciencia política como profesión". En revista *PostData*. Buenos Aires, 10, 255 – 3004.
- Chauvire, C. y O. Fontaine. 2008. *El Vocabulario de Bourdieu*. Buenos Aires: Atuel/Anáfora.
- Champagne, P., L. Pinto y G. Sapiro. Directores. 2005. *Pierre Bourdieu Sociólogo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernandez Ramil, M. A. 2005. "La ciencia política en el diván: la instrospección disciplinar". En *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, Santiago de Compostela, 4: 2, 150 – 175.
- Foucault, M. 1992. *Microfísica del poder*. Buenos Aires: La Piqueta.
- Gaeta, R. N. Gentile y S. Lucero. 2007. *Aspectos críticos de las ciencias sociales. Entre la realidad y la metafísica*. Buenos Aires: Eudeba.

- Garcia Selgas, F. 1994. *Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens*. Madrid: Siglo XXI y Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Hobbes, T. 2001. *Leviatán*. México: Fondo de Culturas Económica.
- Lukes, S. 1990. *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI.
- Martinez, A. T. 2007. *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires: Manantial.
- Marx, K. y F. Engels. 1994. *Manifiesto del Partido Comunista*. Buenos Aires: Catari.
- Parsons, T. 1969. "El aspecto político de la estructura y el proceso sociales". En *Enfoques sobre teoría política*, compilador D. Easton. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pinto, L. 2002. *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*. México: Siglo XXI.
- Sain, M. 2007. *Notas de Ciencia Política. Esbozo de una sistemática social de la política*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Thwaites Rey, M. 2005. "El Estado como contradicción". En *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas*, editores Thwaites Rey, M. y A. López. Buenos Aires: Prometeo.
- Weber, M. 1967. *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. 1984. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wright Mills, C. 1969. *La imaginación sociológica*. 3ra. edición, México: Fondo de Cultura Económica.
- Zabłudovsky, G. 1995. "Metateoría y sociología: el debate contemporáneo". En revista *Sociedad*, Buenos Aires, 7, 111 – 132.